ADMINISTRACION

LIRICO-DRAMÁTICA.

EL ALMA EN UN HILO,

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN DOS ACTOS,

LETRA DE

PEDRO PONCE Y JUAN CARRANZA,

MÚSICA DE

DON TOMÁS BRETON.

MADRID.

SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

1874.

ADICION

á las obras de esta Galería, posterior á la de 24 de Enero de 1874.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
		Adelina	1	Sres. Lastra y Prieto	Todo.
4	2	Al revés—j. o. v.	1	D. Juan Mela	»
1	2	Amor quebranta amistad	1	Pedro Escamilla	»
3	2	Basta de matemáticas—j. o. p.	1	Vital Aza	»
3	1	Bromas con la vecindad	1	Eduardo de Inza	»
		Celia	1	Francisco Macarro	»
5	2	Deuda de sangre—d o. v.	1	José Velazquez	»
1	3	De vnelta del otro mundo	1	Salvador Lastra	»
1	2	El amor de Cayetana—c. o. v.	1	Vicente Rubio	»
1	3	El desenlace de un drama	1	Pedro Escamilla	»
3	2	El hijo de D. Damian—j. o. v.	1	Pedro Escamilla	»
1	2	El sargento de Utrera	1	Eduardo Palacio	»
5	1	El último dia—c. o. v.	1	Sres. Velilla y Montoto	»
		Enaguas y otros excesos	1	Escamilla y Olier	»
2	3	En busca de mi sobrino	1	Pedro Escamilla	»
2	3	Enredos y bofetones	1	Pedro Escamilla	»
4	2	Estrella—c. o. v.	1	D. J. Velazquez y Sanchez	»
1	2	Hechos ennoblecen	1	Eduardo Palacio	»
		Juan Leyden	1	Eduardo Navarro	»
2	2	La cuestion capital	1	Eduardo Palacio	»
3	6	La moral en accion	1	Eduardo Palacio	»
2	2	La sota de bastos—j. o. p.	1	Sres. Fuentes y Alcon	»
		La tea de la discordia	1	D. Cárlos Calvacho	»
		Lo que vale una mujer	1	Leandro Torromé	»
3	1	Los cesantes—j. o. p.	1	José Mota y Gonzalez	»
2	2	Los forasteros	1	Eduardo Palacio	»
2	2	Los tres mosqueteros	1	Eduardo de Inza	»
		Luchar con las mismas armas	1	Eduardo Montesinos	»
2	3	Más vale llegar á tiempo—p. o. p.	1	Sres. Fuentes y Alcon	»
4	2	Padres ante todo—d. o. v.	1	D. José Sanchez Arjona	»
		Pelillos á la mar	1	Leandro Torromé	»
		Pescar por partida doble	1	Leandro Torromé	»
1	2	Por meterse el tiempo en agua	1	Pelayo del Castillo	»
		Por lo flamenco	1	Pedro Escamilla	»
2	3	Sin saber cómo ni cuándo	1	Pedro Escamilla	»
1	2	Tomar la revaucha	1	Pelayo del Castillo	»
2	3	Trabajar por cuenta de otro	1	Antonio Carralon	»
		Tres visitas oportunas	1	Javier de Búrgos	»
1	4	Una boda por un duelo	1	Pelayo del Castillo	»
		Una noche buena	1	Javier de Búrgos	»
3	2	Una visita	1	Eduardo de Inza	»
3	3	Un caso de medicina	1	Pedro Escamilla	»
2	3	Un corto de genio	1	Pedro Escamilla	»
2	2	Un leon casero	1	Eduardo Palacio	»

EL ALMA EN UN HILO.

EL ALMA EN UN HILO,

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN DOS ACTOS,

LETRA DE

PEDRO PONCE Y JUAN CARRANZA,

MÚSICA DE

D. TOMAS BRETON.

Representado por primera vez en el Teatro de la ZARZUELA, á beneficio de D. Francisco Salas, el 22 de Mayo de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

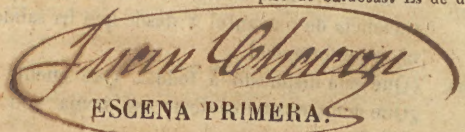
PERSONAJES.	ACTORES.
INOCENCIA	SRTA. DELGADO.
DOÑA EDUVIGIS	SRA. BAEZA.
DON HOMOBONO	SR. CASTILLA.
DON PERPÉTUO	SR. CRESPO.
CÁNDIDO	SR. IGLESIAS.

La escena en Madrid y á fines del siglo pasado.

Por izquierda y derecha se entenderá siempre la del actor.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa, en los dos actos, una sala de la casa de D. Perpétuo, que sirve de despacho y cuarto de estudio al ayo y á Cándido. Mesa de dos bufetes con libros, papeles y recado de escribir, á la izquierda, primer término: debajo de ella un brasero, y á cada lado un sillon de baqueta. Enfrente, un armario de libros, sobre el cual habrá alguna esfera ó busto de yeso. Otro, ropero, en el fondo. Puerta vidriera al foro, por la que se ve el pasillo: otra á la derecha, que da al dormitorio de D. Homobono, y otra á la izquierda que comunica con habitaciones interiores: ésta última tendrá pestillo. Una péndola de caja grande, colgaduras de damasco amarillo deslucido, sillas de lo mismo, y en las paredes cornucopias, mapas con media caña, estampas religiosas y retratos de familia, completan el adorno de la habitacion. El piso de baldosas. Es de dia.



ESCENA PRIMERA.

DOÑA EDUVIGIS, echada en un sillon, con un plumero en la mano, y D. PERPÉTUO, que sale por la izquierda poco despues.

EDUV. No puedo más! Esta maldita erisipela ha acabado con las pocas fuerzas que me quedaban. El médico asegura que todo procede de superabundancia y fogosidad de la sangre...—Pues hay para rato!

PERP. (Gritando desde la puerta.) ¡Don Homobono!

EDUV. (Levantándose rápidamente.) (Ya está aquí el viejo.) Señor...

PERP. Tenemos que hablar. (Quitándose las gafas y limpiándolas con el pañuelo: viene muy distraido.)

EDUV. ¿Conmigo!... (Dios mio! Qué será esto?)

PERP. Ah! (Volviendo á ponerse las gafas.) Es usted? (No sé dónde tengo la cabeza.) Llame usted á don Homobono inmediatamente.

EDUV. ¡Á don Homobono! (Si habrá adivinado...)

PERP. Pero ¡no va usted!...

EDUV. Voy, voy! (Si yo pudiera...) ¿Qué le digo, señor?

PERP. Que tengo que hablarle... (Doña Eduvigis se le acerca con solicitud.) ¡de lo que á usted no le importa!

EDUV. (No hay más: nos ha descubierto... El fuego y el amor no pueden estar ocultos. Voy á decirle que esté dispuesto para todo: si no, su timidez nos va á perder.)

PERP. (Con voz de trueno.) ¡Señora doña Eduvigis!

EDUV. ¡Ay! (Saliendo por el foro muy asustada.)

ESCENA II.

D. PERPÉTUO, y poco despues D. HOMOBONO, por la puerta del fondo.

PERP. Y luégo dirán que tiene uno mal carácter!—No, lo que es mi señora ama de llaves, es capaz de acabar con la paciencia de un santo! Y desde que ha salido de su dichosa enfermedad...

HOMOB. (Que está dispuesto á todo... Que cuente con ella... ¿Qué diantres querrá decir esa bruja con tanto misterio?)

PERP. ¡Gracias á Dios que le echó á usted la vista encima!

HOMOB. Para servir á usted, señor don Perpétuo.

PERP. Venga usted acá. Usted, que es el ayo de mi hijo, podrá explicarme la razon de lo que está pasando.

HOMOB. Pues ¿qué pasa?...

PERP. ¿Por qué no come mi hijo?

HOMOB. Señor... lo ignoro... pero sospecho que la causa debe buscarse en su falta de apetito.

PERP. ¡Esa razon ya se me había ocurrido á mí!

HOMOB. Pues yo no encuentro otra.

PERP. Corriente! Dejemos á un lado la falta de apetito.—Pero ¿por qué anda siempre por los rincones... pálido como un difunto, con los ojos hinchados de llorar, y pasándose las horas y los dias sin abrir la boca? ¿Por qué no habla mi hijo, señor don Homobono?

HOMOB. Con licencia de usted voy á repetirle...

PERP. ¿Por qué no duerme? ¿Por qué me lo encontré ayer levantado á las nueve y media de la noche?

HOMOB. Voy á repetirle lo que ya le he dicho mil veces. Usted se empeña en tratar á Cándido como á un niño, sin reflexionar que su edad...

PERP. Su edad! Su edad! Un chiquillo de veinticinco años!

HOMOB. Justo! Un chiquillo... de veinticinco años... Ahí está el *quid*. Siempre encerrado en casa, siempre estudiando... se aburre... se consume... echa de ménos las bromas de los amigos...

PERP. ¡Amiguitos, eh?...

HOMOB. Los atractivos de... la conversacion con las mujeres...

PERP. (Alborotado.) Mujeres! Mujeres ha dicho usted? No he entendido mal?—Mujeres!—¡Años hace que tan fatal palabra no resuena bajo este techo!—¡Mujeres! ¡Pobrecito mio!—Hasta que sea un hombre, mi hijo no ha de conocer otro indivíduo de ese sexo maléfico que doña Eduvigis.

HOMOB. ¿Y doña Eduvigis no es una mujer? (Riendo.)

PERP. No señor! No es una mujer; es una vieja!

HOMOB. Ya!

PERP. Y creo que hemos hablado lo suficiente sobre la cuestion.

HOMOB. Bien... Usted hará lo que guste, pero Cándido... á mi juicio... digo yo...

PERP. ¿Qué dice usted?

HOMOB. Que debía comenzar á conocer el mundo... á gozar de...

PERP. ¿De qué?

HOMOB. De una prudente libertad.

PERP. ¡Libertad!... Hombre! ¡Buenos están los tiempos para libertad! La libertad no puede ser nunca prudente! Nada de libertad! Eso... ahora.. ni siquiera nombrarlo.

HOMOB. Perdone usted: personas de mucho talento en materias de educacion...

PERP. Sí, sí, ya sé dónde va usted á parar. Personas de mucho talento! Alguno de esos impíos, empapados en las funestas doctrinas de *Voltaire*, (Pronunciando como va escrito.) *Jota Jaques Rouseau*, y demas *pronombres* de la revolucion francesa.

HOMOB. Jesús! (Tapándose los oidos.)

PERP. ¿Lléva usted á mal que los ponga como se merecen?

HOMOB. Sí, buenos los ha puesto usted!

PERP. Está bien: usted me hará el gusto de hablar con Cándido y averiguar lo que le pasa. Y ya verá usted como no es lo que cree. Todo será alguna bagatela, algun caprichillo... En fin, si no es cosa cuyo precio exceda de un doblon, prométaselo usted para Pascuas. (Así como así, para entónces ya se le habrá olvidado.) Y yo me marcho. Tengo que dar los dias al presidente del Consejo de Indias: probablemente me obligará á comer con él. Si á las dos en punto no he vuelto, ustedes se ponen á la mesa.—Ah! y no olvidarse de cerrar el porton hasta despues de la siesta, eh?

HOMOB. Voy á acompañar á usted. (Ambos salen por el foro.)

ESCENA III.

CÁNDIDO, por la izquierda.

Despues de examinar la escena, avanzando cautelosamente.

No, no hay nadie. Voy á escribir la carta. Es preciso! Mi mujer me pide dinero un dia sí... y otro tambien: el niño está vestido de San Juanito: el casero nos invita á desalojar la guardilla. Y, á todo esto, el pan sube que sube... y, con tanto subir, no pasa nunca del sotaba n-

co. ¡Valor! Qué es la muerte? Un momento... Un momento bastante malo, pero...

ESCENA IV.

CÁNDIDO y D. HOMOBONO, que entra por el foro.

HOMOB. (Toma! Si está aquí! Ya le podía yo buscar.)
CAND. Valor! No hay otro remedio! (Sentándose á la mesa y cogiendo una pluma.)
HOMOB. (Va á la mesa... Escribe...) (Acercándose de puntillas y mirando por encima del hombro de Cándido.)
CAND. «Esposa mia...»
HOMOB. (Será el tema de hoy.)
CAND. «Anoche, cuando acababa de abrazarte...»
HOMOB. (Sí, debe ser el tema.)
CAND. «Me faltó resolucion para decírtelo. Y al ver á nuestro chiquitin que dormía tranquilamente...»
HOMOB. (Ó la leccion de moral.)
CAND. «Me decidí á darte por escrito el último adios.»—¡Pobrecita! ¡Y voy á tener valor para dejarla viuda...
HOMOB. (Dándole un golpe en la espalda.) ¿Se trabaja, eh?
CAND. Ah!... ¿Quién! (Levantándose y guardando la carta.)
HOMOB. Quieto ahí... pero ¿qué es eso? ¿Por qué guardas ese papel?
CAND. ¡Don Homobono! (Suplicante.)
HOMOB. ¿Qué papel es ese?
CAND. ¡Si no es nada!... ¡Le aseguro á usted que... (Temblando.)
HOMOB. ¿Cómo se entiende! ¡Ocultarme á mí lo que escribes! ¿Es este el respeto que te merece tu ayo! (Viendo que Cándido se echa á llorar despues de intentar en vano balbucear algunas palabras.) Pero... muchacho... ¡Pues no está llorando? Bestia de mí! Hijo mio...—Con este carácter arrebatado...—Candidito... Qué te pasa? (Muy apurado.)
CAND. Déjeme usted, déjeme usted.
HOMOB. ¡Eh! Qué es eso de déjeme usted? ¡Así se me responde

cuando vengo... Esto ya pasa de raya, señorito. Esto ya no se puede sufrir. Ya hasta su padre de usted extraña esta conducta inexplicable y...

CAND. Dios mio! Mi padre...

HOMOB. Estamos resueltos á tomar una determinacion séria. ¿Qué significa eso de andar siempre hecho un Jeremías, un huron, un...

CAND. ¡Pobre de mí!

HOMOB. Vuelta á gipar!... Vamos, hombre, ten juicio. Dime lo que te pasa. Es cosa... Es cosa de dinero?

CAND. (Muy contento.) De dinero! ¡Ay! Sí señor!

HOMOB. Pues no te apures. Tu padre me ha dicho que para Pascuas te dará un doblon.

CAND. Un doblon!

HOMOB. Y ya estamos en Marzo.

CAND ¡Qué hago yo con un doblon!

HOMOB. ¡Oiga! ¿Pues tienes tú necesidades superiores á...

CAND. ¡Ah, mujeres, mujeres!

HOMOB. (Con terror.) ¡Eh! Mujeres! Mujeres has dicho! Vírgen Santísima! ¿Estás enamorado! ¿Sin salir de casa... ¿Y de quién estás enamorado?—Callas.—¿De Eduvigis?... Sí, de Eduvigis es... Pero, hombre, eso es un disparate. Reflexiona que esa mujer es vieja para tí y fea para cualquiera.—Claro! No ha visto otra y se ha enamorado de ella.—Jesús! ¿No te da vergüenza... (Ataquémosle por este lado.) Habiendo por ahí á centenares mujeres mejores para tí!

CAND. Lo sé, don Homobono, lo sé.

HOMOB. Es menester que me confieses todo lo ocurrido, para que yo impida que tu padre se entere y haya aquí la de Dios es Cristo!—¡Válgame Dios!

CAND. Si usted me prometiera protegerme, se lo contaría todo.

HOMOB. Protegerte. ¡Yo! Este es el colmo de la desvergüenza. —Hable usted, hable usted. (Cruzándose de brazos.)

CAND. No señor.

HOMOB. ¿Por qué no?

CAND. Porque... me parece que se va usted á enfadar.

HOMOB. ¡Te parece que me voy á enfadar, eh! ¡Voto va!—Hable usted.

CAND. (¿Cómo me libro de...) Ahora no puede ser... Más tarde... Puede oirnos cualquiera y...

HOMOB. (En esto no le falta razon.) Voy á evitar ese inconveniente, y así que vea quién hay por ahí, vuelvo.—Espérame aquí. (Saliendo por el foro derecha.)

ESCENA V.

CÁNDIDO, un momento despues INOCENCIA.

CAND. Casi, casi lo mejor es decírselo. Acaso esta sea la única manera de evitar... El pobre señor me quiere mucho. Al pronto gruñirá como siempre, pero luégo haré de él como siempre, lo que me dé la gana.

INOC. (Desde el fondo izquierda, á un criado que se supone dentro.) Este es su cuarto? Bien. Pues diga usted á don Homobono que deseo hablarle.—Es inútil decirle mi nombre: no me conoce.

CAND. ¡Mi mujer!

INOC. ¡Cándido!

CAND. Tú aquí, Inocencia!... ¿Á qué has venido?

INOC. He venido á ver á tu ayo.

CAND. Pero... ¡tú estás loca!

INOC. Ya es imposible pasar por otro punto. Tu timidez, tus vacilaciones, nos han puesto en una situacion insostenible. Á toda costa hay que salir de ella. He estado aguardándote hasta ahora sin que llegára á mis manos el dinero que me ofreciste anoche. El casero nos amenazó ayer con hacernos desocupar el cuarto, y ántes de verme en la calle con mi hijo, he querido tentar el último recurso.

CAND. ¿Y no has encontrado otro que venir aquí á comprometerme, á perdernos á todos? ¿No sabes, desdichada, que si te encuentra aquí mi padre...

INOC. Desde mi balcon le he visto salir hace un momento y

he aprovechado esa circunstancia. Tú me has hecho en distintas ocasiones mil elogios de la bondad de don Homobono, de la influencia que tiene con tu padre, y vengo á hablarle, vengo resuelta á que me escuche, y estoy segura de interesarle á nuestro favor.

CAND. Muy bien pensado. La idea es excelente... pero... (Hay que alejarla de aquí á toda costa.) Yo mismo iba á ponerla en práctica cuando has venido.

INOC. ¿Tú!

CAND. Yo: te juro que no te engaño.—Pero... vete por Dios. Vete en seguida. Y cuenta con que ántes de media hora tienes el dinero en casa. Y esta noche te contaré el resultado de la entrevista. Pero vete ahora, vete, ángel mio; vete y no vuelvas por acá.

INOC. Bien, me iré, pero te prevengo...

CAND. Adios, vida mia, adios.

INOC. Que si dentro de una hora...

CAND. No tengas cuidado. Adios.

INOC. No he recibido...

CAND. Adios! Adios! (Llegan hasta la puerta del fondo, Inocencia pugnando por hablar y Cándido empujándola, y cuando se despiden dándose un abrazo, aparece D. Homobono y tropieza con ellos. Los tres bajan al proscenio.)

ESCENA VI.

DICHOS y D. HOMOBONO.

TERCETO.

HOMOB. Cielos!

INOC. y CAND. Ay! Ay! (Nos pescó.)

HOMOB. (Abrazado á una mujer!)

INOC. y CAND. (Á buen tiempo aquí llegó.)

HOMOB. (No me queda más que ver!)

INOC. ¡Qué vergüenza! (Tapándose el rostro con las manos.)

HOMOB. (Remedándola con ira.) ¡Qué poca vergüenza!
CAND. No te asustes; es mi ayo.
INOC. (Muy contenta y yendo hácia D. Homobono.) Ah! Señor.
¡Ya sé yo que es usted muy amable!
HOMOB. ¡No tanto, hija mia, no tanto por Dios!

—

CAND. Ésta es la elegida
de mi corazon,
nuestra vecinita
del cuarto interior.
HOMOB. Muy señora mia.
Beso á usted los piés.
(Saludando y volviendo á irritarse.)
—¡Digo! Y de este modo
me la encuentro á usted!

—

INOC. Yo soy la elegida
de su corazon;
soy la vecinita
del cuarto interior.
HOMOB. Mucho he celebrado
tener el honor...
—Si usted tiene prisa,
vaya usted con Dios!
(De espanto estoy que bufo.
Qué angustia! ¡Qué horror!
Va á haber aquí un escándalo
de marca mayor!)

—

CAND. ¡Qué tal la halla usted!
HOMOB. ¡Y tiene valor...
CAND. ¿La encuentra usted mal?
HOMOB. ¡La encuentro peor!
CAND. é INOC. Sea usted compasivo,
don Homobono.
Usted puede salvarnos;
dénos su apoyo!

Diga usted »sí;»
mírenos de rodillas
puestos aquí.

HOMOB. No digo sí
ni os miro de rodillas
puestos aquí.

(Queriendo marcharse, ellos le detienen.)

INOC. y CAND. Diga usted sí!

HOMOB. Digo que no!
Y si no os vais vosotros
voy á irme yo!

HOMOB. ¿Pero cómo ha sido esto?

CAND. Yo... no sé...

INOC. ¿Pues cómo había de ser?

HOMOB. ¿Cómo se han conocido ustedes?

CAND. Pues...

INOC. Yo lo explicaré todo. Hace dos años mi madre y yo nos mudamos á la casa de al lado. Mi ventana da, por el patio, enfrente de la del cuarto de Cándido, y mientras yo le veía estudiar, él me veía coser.

HOMOB. ¡Buenos andarían los estudios y los cosidos!

INOC. Despues... empezamos á saludarnos... por cortesía...

HOMOB. Veo que es usted una niña muy bien educada.

INOC. Luégo... él me miraba... y sonreía... y yo sonreía y le miraba.

HOMOB. Y ¿á usted quién le mandaba sonreir!

INOC. Ay! (Dando un grito, asustada.) No... Nadie...

HOMOB. Bien. Adelante!

INOC. De las sonrisas pasamos á las señas... de las señas á los suspiros... En fin, que...

HOMOB. ¿Qué? (Encarándose con Cándido.)

CAND. Que á mí me iba gustando la chica, y con la ayuda de Simon, que era novio de la criada de Inocencia...

HOMOB. Ah! Se llama usted Inocencia.

CAND. Sí señor: Inocencia Arteaga, hija de don Hermenegildo Arteaga, coronel de artillería, muerto en la última guerra...

HOMOB. ¡Basta! (Á Cándido.) Ibas diciendo que Simon...

CAND. Nos llevaba y traía las cartas, y por fin me proporcionó la llave falsa de la puerta y arregló con la criada de Inocencia cuanto fué necesario para que pudiésemos vernos y hablarnos en su casa...

HOMOB. Y lo cuenta como si fuera lo más natural!... Una muchacha soltera. ¡*Oh témpora*! ¡*oh mores*!

INOC. Señor...

HOMOB. Siga usted... Siga usted.

CAND. Una noche...

INOC. Mi madre nos sorprendió, y despues de convencerse de que nuestro cariño era...

CAND. Tan grande como inocente...

HOMOB. Sí; te cogió de una oreja y te plantó en la puerta de la calle...

CAND. Nos autorizó para que siguiésemos viéndonos en su presencia.

INOC. Con la esperanza de que nos casáramos algun dia.

HOMOB. Ya!—Y mamá, ¿está buena?

INOC. ¡Ay!

CAND. ¿Qué ha hecho usted!

HOMOB. Yo! Pues qué he hecho yo?

INOC. Murió al poco tiempo.

HOMOB. Señora, perdone usted mi...

INOC. Dejándome sola y abandonada... Ya ve usted, ¡á mi edad!...

HOMOB. (Pobrecita!)

INOC. En sus últimos momentos...

CAND. Yo no pude resistir á sus lágrimas y á sus temores por el porvenir de Inocencia...

HOMOB. Sí, y la prometiste...

CAND. Allí mismo, el sacerdote que acababa de confesarla, nos unió para siempre.

HOMOB. ¿De modo... qué..

CAND. Estamos casados.

INOC. Ya ve usted que aquí no hay ningun escándalo.

HOMOB. ¡Casados! Pues ¿qué mayor escándalo que estar casados! ¡Casados! Cuando don Perpétuo lo descubra... Uf! Yo me ahogo! (Andando por la escena: ellos le salen siempre al paso.)

INOC. Señor! Usted no nos desamparará: usted nos concederá su proteccion...

CAND. No lo dudes: don Homobono es un santo.

HOMOB. Mentira! Yo soy un demonio, un tigre: no espereis nada de mí! Os abandono á vuestros remordimientos.

INOC. Señor...

CAND. Considere usted. (Asediándole cada uno por un lado.)

HOMOB. No me digais una palabra! Ni una sola. (Gritando primero, andando, y luégo parándose; á Cándido, moderando la voz.) —Pero tú, cómo has hecho para salir de casa?

CAND. Con la llave falsa que me dió Simon. ¿Pues no se lo he dicho á usted?

HOMOB. Sí, sí. Calla! No quiero saber más! (El mismo juego de ántes.) Y tú, desventurada, ¿qué hiciste para enamorarle?

INOC. Yo... Toma! No sé... Lo que hacen todas.

HOMOB. Qué cinismo! Qué abominacion! Y decidme: ¿vuestro matrimonio es verdaderamente válido?—No lo será...

INOC. ¿Pues no ha de serlo?

CAND. Claro que sí: Ante el cura de la parroquia.

HOMOB. Calla! Calla! Oh! Don Perpétuo pondrá el grito en el cielo. Y con razon: si yo fuera tu padre te mataría.— ¿Y cuánto tiempo hace que estais casados?

INOC. Un año, señor.

HOMOB. Un año!...—Y ¿habeis estado viéndoos en el trascurso de un año?

CAND. Sí... y hemos tenido un hijo.

HOMOB. Un hijo... ¡Un hijo habeis tenido! ¡Qué escándalo!

INOC. Uno solo, señor don Homobono.

CAND. Uno nada más! Muy chiquitito.

HOMOB. Qué importa el tamaño? Y ¿cómo se llama ese fruto

del... ¿Cómo se llama?

INOC. Angelito, señor.

HOMOB. ¡Angelito! ¡Qué escándalo!

CAND. Si usted le viera... Es tan hermoso... Rubio...

HOMOB. Rubio! Esto más! Esto no se puede sufrir!—Dejadme. Se me va la cabeza! Huid de aquí... Y si no huiré yo... y será lo más breve.

INOC. Nos abandona usted?

CAND. No nos abandone usted! (Cogiéndole por la manga de la casaca.)

HOMOB. Suelta! Suelta esa manga!

INOC. Déjale, Cándido. Déjale marchar. No esperes ablandar el corazon de ese viejo: no le tiene.

HOMOB. (Volviéndo desde el foro.) Qué dice usted? Que yo no tengo corazon!...

INOC. Si lo tuviera usted, se compadecería de nosotros.

HOMOB. ¿Y no me compadezco?—Es decir... (Reponiéndose en seguida.)

PERP. (Dentro.) ¡Don Homobono!

HOMOB. ¡Tu padre!—¡Allá voy!

INOC. ¡Sálveme usted! (Dejando caer el pañuelo de la mano.)

CAND. ¿Qué hacemos?

PERP. Pero ¿dónde está usted metido?

HOMOB. Aquí! Digo, ¡allí! por el otro lado!—Venid. Pronto!... Entra tú ahi, en mi alcoba. (Haciendo entrar á Inocencia en la alcoba.) Allá voy, señor.—El pañuelo, muchacha, que te dejas el pañuelo. (Volviendo á abrir la puerta, dándoselo y cerrando rápidamente.)

ESCENA VII.

DICHOS y D. PERPÉTUO. D. Homobono queda delante de la puerta de la alcoba, temblando y con los ojos espantados.

PERP. Gracias á Dios que doy con usted! (Dejando el baston y el sombrero sobre la mesa.)

HOMOB. Per... perdóneme usted... Estaba... (Echando la llave á al

puerta y guardándosela con precipitacion.)

CAND. (Disimulemos.) Bien venido, padre mio. (Besándole la mano.)

PERP. Don Homobono, ¿por qué cierra usted esa puerta y se guarda la llave con tanta precipitacion?

HOMOB. Porque... le diré á usted por qué.—Por nada. (Con angustia.)

CAND. (Yo tiemblo.)

PERP. Ahora salimos con que el presidente es José de Calasanz.—Pero ¿qué diablos le pasa á usted? Está usted inquieto...

HOMOB. (Moviéndose mucho.) Yo... ¿inquieto? No...

PERP. (Dando un paso.) ¿Qué hay en esa alcoba?

HOMOB. (Corriendo maquinalmente á colocarse delante de la puerta.) ¿Aquí!...

CAND. (Ap. al ayo.) (Tenga usted serenidad.)

HOMOB. Aquí hay... Lo que hay aquí... Jé, jé! Se va usted á reir cuando sepa lo que hay aquí. (Con risa forzada.)

PERP. ¿Qué hay?

HOMOB. (Trabajosamente.) Se acuerda usted de que doña Marcelina nos prometió regalarnos un gato de Angola?

PERP. Pero ¿qué tiene que ver?...

HOMOB. Pues... ya está el gatito en casa! Y lo tengo encerrado en mi cuarto para que no se escape.

PERP. Ya!—Y es de Angola?

HOMOB. De Angola, sí señor. Tan blanquito, tan mono! Precioso animal.

PERP. ¿Sí? Ya me ha hecho usted entrar en curiosidad de verle.

HOMOB. (Bestia de de mí!)

CAND. (Nos hemos lucido.)

PERP. Á ver... Sáquelo usted...

HOMOB. Pero... señor! Si hablaba en broma! Si es un gato feísimo... Cojo, tuerto... negro...

PERP. Un gato de Angola negro! Hombre, eso es digno de verse. Deme usted la llave.

HOMOB. No, lo que es eso... La llave no la doy. Porque...

porque se me ha perdido. ¿Dónde estará la llave? (Buscándola en los bolsillos, dando con ella y volviéndola á ocultarla rápidamente.)

PERP. Basta, señor mio. Su aturdimiento de usted me dice bien claro lo que aquí pasa. Usted me engaña.

HOMOZ. ¡Yo!

PERP. Aquí no hay tal gato encerrado.

HOMOB. ¿Que no hay gato encerrado? ¡Señor, me dejo ahorcar si no es cierto que aquí hay gato encerrado!

PERP. Pues veámoslo: deme usted la llave. No admito otra justificacion.

HOMOB La llave... (Aquí del ingenio.) Tome usted la llave... (Alargándosela á D. Perpétuo con una mano, accionando con la otra y retirando la llave cuantas veces va aquel á cogerla, dándole en el brazo al accionar.)

CAND. (Que nos pierde usted!)

HOMOB. (Chist!) Tome usted la llave... Puesto que veinte años de servicios...—Tome usted la llave.—Veinte años de conducta intachable no bastan para defenderme de una necia sospecha.—Tome usted la llave, tome usted... Tome usted y abra, y convénzase de su injusticia... Abra usted, abra usted! (Metiéndose la llave en el bolsillo.)

PERP. Deme usted la llave y abriré!

HOMOB. (Suspirando.) (Ay!) Pero hecho esto, usted buscará otro ayo para su hijo. Yo me marcho ahora mismo de esta casa. Tome usted! (El todo por el todo!) (Entregando la llave á D. Perpétuo)

CAND. (Somos perdidos!)

PARP. Hombre .. (Avergonzado, mirando alternativameute á la llave, á la puerta y á D. Homobono.)

HOMOB. Ahora mismo. Páselo usted bien. (Cogiendo el sombrero y el baston que ántes dejó sobre la mesa D. Perpétuo.)

PERP. Que se lleva usted mi baston y mi sombrero!

HOMOB. ¡Lo mismo da! En vano trata usted de detenerme. Estoy resuelto. Adios, Candidito. Adios, hermoso. (¡Maldita sea tu alma!) (Fingiendo hacerle una caricia y dándole

un pellizco.)

CAND. (Uy!...)

PERP. ¡Oiga usted!

HOMOB. ¡Hasta nunca!

CAND. (Pero... se va usted de veras?)

PERP. Ruégale tú que se quede.

HOMOB. (Sí, ruégame tú que me quede.) Es en vano! No se canse usted!

CAND. No se vaya usted.

PERP. Yo confieso que... Me he acalorado, pero no he querido ofenderle. No hay razon para que usted se marche.

HOMOB. ¡Usted cree que no hay razon!... (Volviendo desde el fondo muy furioso: quitándose de pronto el sombrero y dejándolo con el baston sobre la mesa con un fuerte golpe.) Bien, pues me quedaré! Pero á condicion de que abra usted esa puerta, para que vea lo que tengo encerrado en mi alcoba, que no es un gato como he dicho ántes, sino una mujer!

PERP. ¡Jesús!

HOMOB. Esa mujer es mi querida!

PERP. (Azorado.) Don Homobono, modere usted su lenguaje por Dios. (Que nos oye el niño.)

HOMOB. (No está mal niño!) Abra usted, abra usted!

PERP. De ningun modo.

HOMOB. ¿Usted no abre? Pues yo abriré. Venga la llave. (Yendo á cogerla.)

PERP. ¡No!

HOMOB. Pues echaré la puerta abajo.

PERP. Tome usted! Tome usted! Tome usted!

HOMOB. (Y qué hago yo ahora?) (Con la llave en la mano.)

PERP. Tome usted á condicion de no abrir la puerta.

HOMOB. (Esto es lo que yo quería.)

PERP. ¿Está usted contento?

HOMOB. Mentiría si dijera otra cosa. (Respirando con satisfaccion.)

PERP. ¿Podemos hablar?

HOMOB. Todo lo que usted quiera.

PERP. Vete de aquí, niño, y dí que no bajen á cerrar el porton...

HOMOB. y CAND. (Ah!) (Con alegría.)
PERP. Que yo lo he cerrado ya.
CAND. (Buenos estamos.)

ESCENA VIII.

D. PERPÉTUO y D. HOMOBONO.

HOMOB. (Yo debo estar ofendido.) Me ha herido usted en mi dignidad y... nunca podré olvidar que... (Paseando por la habitacion.)
PERP. Supongo que habrá usted cumplido mi encarguito.
HOMOB. (Esta es la mejor ocasion para intentar algo en favor de esos infelices.)
PERP. ¿Habló usted con el niño...
HOMOB. Sí señor; hablé y lo sé todo.
PERP. Y qué es todo? Nada, por supuesto.
HOMOB. Nada... (Una friolera!)
PERP. Qué es lo que quería? ¿Qué se le había antojado?
HOMOB. Nada... Ya tiene todo lo que le hace falta.—Vamos, don Perpétuo, póngase usted la mano en el corazon y contésteme con ingenuidad: ¿qué ha hecho usted en su juventud?
PERP. ¡Yo!...
HOMOB. Aquí puede usted hablar seguro. Entre nosotros...
PERP. (Con extrañeza.) Bien, ¿pero...
HOMOB. ¿Cree usted que yo me he pasado la vida rezando el rosario? Ya tengo yo mis noticias de que el señor don Perpétuo Quintanilla, cuando tenía veinte años, y era eso sí! lo que se llama un buen mozo...
PERP. Jé, jé. (Sonriéndose.)
HOMOB. Se escapaba los domingos de la tienda de su padre, y allá en Hortaleza y en el soto de Migas-Calientes, armaba cada merendona y cada bailoteo con sus parroquianas, que...
PERP. No! No era en Hortaleza ni... En la pradera del Corregidor era donde yo...

HOMOB. Diga usted... ¿Y qué se hizo de aquella pobre muchacha...

PERP. De la... Damiana...

HOMOB. No, no, de la otra... De la... ¿Cómo diantres se llamaba...

PERP. ¿La malagueña?

HOMOB. Justo!—Aunque no; creo que no era malagueña. (Lo ménos te he de sacar tres.)

PERP. Ah! Sí. Sería la Paquita, la sobrina del covachuelo.

HOMOB. Eeeesa misma!

DUO.

PERP.

La Paquita! La Paquita!
Una moza muy bonita,
con un pie y una boquita
más pequeños que un piñon.
Jé, jé.
Huy! Qué mala tentacion!
Jé, jé.
¡Si la hubiera visto usté!

—

HOMOB.

(Ya le levanté de cascos;
ya á las hembras no hace ascos,
recordando los chubascos
de su alegre juventud.
Jé, jé.
Fie usted en la virtud.
Jé, jé.
Con qué maña lo pesqué!)

PERP.

Con cuánto salero
cruzaba la calle,
flexible y ligero
moviendo su talle;
alzando el vestido
con gracia sin par;

mostrando al descuido...
—Más vale callar.

—

HOMOB. Alzando el vestido
con gracia sin par...
Y eso era al descuido...
—Más vale callar.

—

PERP. Cuando yo la hablaba
ponía un gestito...
¡Y qué bien cantaba
el Ole y el Vito!
Pues cuando salía
bailando un minué...
¡Ay Vírgen María!
¡Figúrese usté!

HOMOB. (Y el hombre la echaba
de santo bendíto,
y sus santos eran
san Ole y san Vito.
Pues digo, qué haría
bailando un minué!
Ay Vírgen María!
No lo diga usté!)

—

PERP. Toda la sangre
se me subleva
y estoy blandito
como una breva.
Ay qué recuerdos
de Barrabás...
—Y son recuerdos
y nada más!

—

HOMOB. (Toda la sangre
se le subleva.
Ya está blandito

como una breva.
Entre mis redes
pronto caerás.
Ni Maquiavelo
discurrió más!)

PERP. Ay, qué recuerdos, Dios mio, qué recuerdos!

HOMOB. Demasiado sabía yo que usted, al fin y á la postre, se había de convencer. (Muy satisfecho.)

PERP. (Poniéndose serio.) Convencer .. ¿de qué?

HOMOB. Pues... de que... el niño... ya tiene edad... Porque hay una edad en que...

PERP. Ah! Ya!... Usted ha querido tenderme un lazo para arrastrarme á que abandone á mi hijo en esa senda de disolucion, por donde yo estuve á punto de extraviarme; de la que ya he salido afortunadamente!

HOMOB. (Lástima fuera! Y ya no puedes con los calzones!)

PERP. No señor; por lo mismo que ya conozco á dónde puede conducir ese género de vida...

HOMOB. (Me salió el tiro por la culata.) Habla usted como un libro. (Vamos por otro lado.) Esa vida puede traer consecuencias terribles... y por otra parte, el hombre más formal, está expuesto á caer en tales debilidades... Usted tiene un ejemplo en sí mismo.

PERP. (Hum!)

HOMOB. Por la misma razon, y siendo como es un padre modelo, debe procurar que su hijo se mantenga libre de...

PERP. Pues ya lo creo que lo procuraré!

HOMOB. El medio es muy sencillo.—¿Por qué no lo casa usted?

PERP. ¡Casarlo! ¡Qué barbaridad!

HOMOB. (¡Adios mi dinero!)

PERP. Casarlo... ¡á los veinticinco años! Mi padre no me dejó casar á mí hasta los cuarenta... y más de una vez me ha parecido que había sido demasiado pronto!

HOMOB. (Pues señor, me lucí!) Pero...

PERP. Basta, basta... Usted no anda bueno. Usted tiene algo

en la cabeza. Hay que buscar un ayo para el ayo.) Hasta otro ratito. (Hay que vigilar á este don Matusalen Tenorio.)

ESCENA XI·

D. HOMOBONO, en seguida INOCENCIA.

HOMOB. Bien. ¡Muy bien! Retebien! ¿Y qué hago yo ahora?... ¿Por dónde saco á esa infeliz?... El porton está cerrado... Y no lo abrirán hasta las cuatro... Y ella sin comer en tantas horas!... Voy á decirle lo que ocurre...

INOC. (Saliendo cuando él llega á la puerta.) Don Homobono.

HOMOB. (Retrocediendo espantado.) Eh!... Cielos! Por dónde has salido!

INOC. ¡Si se había usted dejado la puerta abierta!

HOMOB. Entra, entra en seguida!

INOC. No señor! Yo quiero marcharme... Mi hijo está solo...

HOMOB. Ahora no puede ser.

INOC. Necesito irme!

HOMOB. Imposible! Oigo pasos.. Adentro! (Entra Inocencia.)

ESCENA X.

D. HOMOBONO y DOÑA EDUVIGIS.

EDUV. Ay, don Homobono! No puede usted figurarse el ánsia que tenía de verle á solas... ¿Qué ha dicho, qué ha dicho don Perpétuo?

HOMOB. Señora! (¿Qué es esto?)

EDUV. Aunque usted no se ha explicado claramente conmigo...

HOMOB. Pero ¿qué había de explicar á usted?

EDUV. Lo sé todo.

HOMOB. ¡Todo!

EDUV. Lo sabía hace mucho tiempo!

HOMOB. Pues... en ese caso... inútil es recomendarla que tenga prudencia!

EDUV. Yo estoy en ello tan interesada como usted.
HOMOB. La suerte... la vida de dos personas que se aman...
EDUV. ¡Ay!... (Gracias á Dios que pronunció la dulce palabra!)
HOMOB. De modo que... ¿puedo contar con usted...
EDUV. Con una condicion.
HOMOB. La que usted quiera
EDUV. Ha de pedirme usted perdon de rodillas por haber dudade de mí.
HOMOB. (¡Yo arrodillado á los piés de esta vieja!)
EDUV. ¡Qué... ¿Vacila usted?
HOMOB. No, señora, no. Perdon!

ESCENA XI.

DICHOS, CÁNDIDO, y un momento despues, D. PERPÉTUO.

CAND. Don Homobono.—Ah...
HOMOB. (Se levanta asustado.) ¡Uf!
PERP. ¿Eh!...
EDUV. ¡Oh!... (D. Homobono trata de levantarse y la turbacion le hace caer otra vez de rodillas.)
PERP. ¿Qué es esto? Usted arrodillado á los piés de doña Eduvigis.
HOMOB. (Se cayó la casa á cuestas.)
CAND. (No se apure usted; ya lo arreglaremos.)
EDUV. (Respeto al honor de una doncella!) (Ap. á D. Homobono.)
HOMOB. (Levantándose, y despues de una ligera pausa, que tiene luga) mientras D. Perpétuo se pone las gafas y le contempla con ira y asombro á la vez.) ¡Sí señor! Á los piés de doña Eduvigis, y no para cogerle el pañuelo que se le había caido, (Tomándoselo de la mano con disimulo, mostrándolo y devolviéndoselo.) sinó haciéndole una declaracion de amor que tengo en los labiosdesde que la conozco! (D. Perpétuo da un salto atrás.) Besándola la mano. ¡Así!... (Uy, qué asco!) (Escupiendo.)Porque estoy muerto por ella. (Y es verdad.)
EDUV. (No seas temerario!—Ay! que te hablado *de tí*, digo *de tú*.)

PERP. Pero... ¿qué dice usted?

HOMOB. ¡Lo que usted oye! Á mí me gustan las mujeres formaditas y acondicionadas. Señora, cuando usted guste, iremos á la Vicaría. (Cogiéndola del brazo.)

EDUV. (Ay qué rubor!)

PERP. ¿Usted habla en broma ó de veras?

HOMOB. Nos casaremos cuando usted guste.

EDUV. (Ap. á D. Homobono con coquetería.) (Cuando yo guste?)

HOMOB. (Ó lo que es lo mismo, cuando se haya acabado el gusto en el mundo.)

PERP. Le parece á usted que tengo yo humor para bromitas? (Dirigiendo una mirada colérica á D. Homobono y saliendo por el foro: éste no ha cesado de pasear por la escena á Doña Eduvigis, volviendo con ella al proscenio al llegar á cualquiera de las puertas. Por fin el ama de llaves se rinde, se suelta del brazo del ayo y se echa en un sillon haciéndose aire con el pañuelo. D. Homobono sale por la izquierda, despues de dar un bofeton á Cándido, que se dispone á seguirle. Todo con la mayor rapidez posible.)

EDUV. Esta emocion va á costarme otra erisipela. Lo estoy conociendo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

CAND. No: el ayo queda allí, y si le oimos toser, es señal de que álguien se dirige hácia acá.

HOMOB. (Dentro, tosiendo.) Ejem, ejem!

CAND. Al escondite! Será mi padre... (Despues de hacer entrar á Inocencia y cerrar.)

ESCENA II.

CÁNDIDO y D. HOMOBONO, por el fondo.

HOMOB. Ejem, ejem! (Entrando y tosiendo con más fuerza, mientras deja una cesta en el armario.)

CAND. Eh! Es usted?—No me ha dado usted mal susto. ¿Por qué diantres tose usted con tanta fuerza?

HOMOB. Hombre! Porque tengo tos! Me gusta la salida!

CAND. Como habìamos convenido...

HOMOB. ¿Vais tambien á impedirme que tosa cuando tenga gana?—¡Cria cuervos...—No, cuando me volvais á coger en otra...—Porque, te lo advierto muy formalmente, yo he concluido ya de tomar parte en este belen... Vosotros os las compondreis como podais... (Cándido baja los ojos.)—Vamos á ver ¿y qué hace esa chica?

CAND. Qué ha de hacer? Encerrada ahí...

HOMOB. Qué ha de hacer! Qué ha de hacer! Pues es preciso sacarla cuanto ántes... Cada momento que pasa es un nuevo peligro... Tu padre está muy escamado...

CAND. Es cierto... hay que sacarla cuanto ántes...

HOMOB. Hay que sacarla! Y cómo? y cuándo se la saca? Tú todo lo arreglas en seguida.

CAND. Pues no se ofreció usted?...

HOMOB. Tú, tú que eres su marido, cogerás á madama del brazo y la llevarás á su casa.

CAND. Ah! Se vuelve usted atrás?...

HOMOB. ¿Qué tengo yo que ver con las calaveradas de un discípulo vicioso y una mocosuela á quien he visto hoy por la primera vez de mi vida! (Pausa: el ayo pasea y se pára de pronto delante de Cándido, que le mira con ojos espantados.) Esa

pobre criatura no habrá comido nada á estas horas...

CAND. No señor... Ni chocolate creo que tomó esta mañana la pobrecilla...

HOMOB. La pobrecilla! La pobrecilla! No, pues si con la debilidad le da un vahido y se nos pone mala ¡nos hemos divertido por completo! ¡Por vida de...

CAND. Lo peor no es ella... sino que cuando vino aquí dejó el niño al cuidado de la vecina de la guardilla y el angelito... Sin mamar en tantas horas...

HOMOB. Bien... La vecina le dará.

CAND. Si la vecina es soltera.

HOMOB. ¡Soltera! Sólo á tu mujer se le ocurre tener por vecina una mujer soltera! ¿Y el niño no puede alimentarse de otro modo?

CAND. Aún no ha cumplido dos meses...

HOMOB. ¡Á los niños debe acostumbrárseles desde recien-nacidos á comer de todo!

CAND. ¿Y qué hacemos?

HOMOB. Anda y trae algo de comer á Inocencia. Tú verás cómo lo coges y cómo se lo das.

CAND. Voy...

HOMOB. ¿Dónde vas?

CAND. Á traer...

HOMOB. ¡Pues no te he dicho que yo lo he traido ya? Ponte de centinela en la puerta.

CAND. ¡Qué bueno es usted! (Queriendo abrazarle, el ayo le da un empellon.)

HOMOB. Silencio!... ¡Quieto ahí! Procedamos con precaucion... Don Perpétuo se había echado á dormir la siesta... Por aquí no hay nada que temer. Sin embargo: voy á echar este pestillo. (El de la puerta de la izquierda.) Más vale un por si acaso... (Saca la cesta y examina lo que hay dentro de ella.) Hombre! Me parece que con medio pollo y unas magritas y un panecillo y un traguito de Jerez tendrá bastante: ¡Como está criando... Debe tener un hambre canina! (Llamando) Inocencia! Abre: soy yo: don Homobono.

ESCENA III.

DICHOS é INOCENCIA.

INOC. ¿Qué quiere usted?

HOMOB. Vengo á traerte la comida. Toma y échatelo todo al cuerpo, que estarás desmayada... Pero, por Dios, no bebas mucho vino: no vaya á subírsete á la cabeza... Este Jerez tiene ochenta años! y al vino le pasa lo contrario que al hombre, cuando llega á viejo... El hombre no puede tenerse en pie y el vino echa por tierra al más templado. Conque... Pero ¿no tomas la cesta?

INOC. No señor. No quiero comer.

HOMOB. ¿Como qué?

INOC. No puedo.

HOMOB. Anda, tonta!

INOC. No, no! Mi hijo lleva ya más de cuatro horas sin tomar alimento, ¿y voy á tener valor?...

HOMOB. Es decir que he hecho un viaje en balde y me he expuesto á.....—No! Pues lo que es esto te lo comes de grado ó por fuerza. (Acercándole el pollo á la cara.)

INOC. ¡Hijo mio!...

HOMOB. Toma, mujer!

INOC. Oigo su voz... Le siento llorar...

HOMOB. No seas niña!

INOC. Extiende hácia la puerta sus manecitas... Me busca y no me encuentra... Y tiene hambre y se morirá.

HOMOB. Qué ha de morirse por no comer! Pues cuántos niños no se han muerto de una indigestion!

INOC. (Llorando.) Jí, jí, jí.

HOMOB. (Dejando la cesta en el suelo.) ¡Voto á bríos!

CAND. (Acercándose al oir llorar á Inocencia.) ¿Qué es esto?

HOMOB. ¿Quién le ha dado á usted vela en este entierro? Vaya usted á su sitio.

CAND. Por qué lloras, pichoncita mia? (Á D. Homobono.) ¿Qué le ha hecho usted?

HOMOB ¡Yo! ¡Pues está bueno!...

INOC. (Saliendo.) Déjeme usted marchar...

HOMOB. ¡Cómo marchar!

INOC. Que me vean. ¿Qué importa eso comparado al peligro de que mi hijo se muera de hambre!

HOMOB. Pero si eso es imposible.

CAND. (Volviendo á acercarse.) Imposible, no.

HOMOB. ¿Tú tambien te pones de su parte?

INOC. Déjeme usted marchar! (Queriendo salir: D. Homobono la cierra el paso.)

HOMOB. Quieta aquí!

CAND. (Acercándose.) Pero...

HOMOB. (Empujándole.) Usted allá!

INOC. Ángel de mi vida! No me dejan ir á tu socorro... te niegan lo que no se niega á las fieras.

CAND. (Acercándose.) Mire usted cómo llora.

HOMOB. (El mismo juego.) ¡Ya lo veo!

INOC. Á las fieras no se las separa del seno de su madre.

CAND. (Volviendo.) Consuélela usted!

INOC. Viva ó muerta saldré de aquí.

HOMOB. ¡Eso lo veremos! (Cogiéndola por un brazo.)

INOC. Cándido me acompañará cueste lo que cueste.. Ántes que todo, es padre.

CAND. Dices bien! Ven conmigo! (Cogiéndola del otro.)

HOMOB. Te la llevas?

CAND. Sí!

HOMOB. (Soltándola con rabia.) Bien! Pues llévatela con doscientos de á caballo. No podías hacerme un favor más grande! (Viendo que se dirigen al foro.) Se van! Y los van á ver... Me alegraré... ¡Así pagarán su ingratitud! (Corriendo y poniéndoseles delante.) Pero ¿se habían figurado ustedes que yo iba á dejarles marchar? De aquí no se sale!

CAND. ¡Apártese usted, señor don Homobono, ó...

HOMOB. Infames! Así me pagais lo que hago por vosotros! Os vais y me dejais en las astas del toro!

CAND. (Deteniéndose.) Peró... sí...

HOMOB. (Bajando al centro de la escena: ellos le siguen cogiéndole las

vueltas.) ¡Tunantes! ¡Yo que iba á salvarlos!

CAND. Perdone usted. Nosotros harémos lo que usted nos mande.

HOMOB. ¡Habráse visto!

INOC. Obedeceremos á usted en todo.

CAND. No nos moveremos de aquí.

HOMOB. No, por mí os podeis marchar cuando querais.—Idos, idos! Si yo lo que deseo es perderos de vista! (Rechazándolos.)

INOC. Usted es nuestro salvador!

HOMOB. No me venga usted con carantoñas. Bonito genio tengo yo!

INOC. Don Homobono... (Cogiéndole la mano.) ¿Va usted á concederme una merced que tengo que pedirle?

HOMOB. ¿Merced?... (Ablandándose.) (Lo pide con una humildad...) Y... sepamos: ¿qué es la merced?

INOC. Una cosa.

HOMOB. Ya, pero ¿qué cosa?

INOC. Una cosa muy fácil, muy fácil. Si usted me la concede, no me muevo de aquí.

HOMOB. Concedida.

INOC. ¿Palabra?

HOMOB. Palabra de honor.

CAND. (¿Dónde irá á parar?)

HOMOB. ¿Qué quieres?

INOC. Que me traiga usted el niño aquí.

HOMOB. ¡El niño aquí! ¡Un demonio!

INOC. No? Pues me voy.

HOMOB. Para eso te sacaría á tí!

CAND. Al niño puede usted hacerlo bajo la capa, pero á Inocencia...

INOC. Y ha dado usted su palabra de honor.

HOMOB. Mi palabra?

CAND. é INOC. Su palabra.

HOMOB. ¿De honor?

CAND. é INOC. De honor.

HOMOB. Pues... en ese caso, no tengo palabra ni honor.

CAND. ¡Se está burlando de nosotros!
INOC. ¡Se complace en vernos sufrir! (Llorando y separándose del ayo como Cándido: aquel queda solo en medio de la escena.)
HOMOB. Pero... Cándido, hazla comprender...
CAND. (Volviéndole la espalda.) Déjeme usted!
HOMOB. Pero ¿cómo he de ir por él si no sé dónde está, ni...

TERCETO.

CAND. é INOC. Don Homobono, usted abusa
de nuestra triste situacion!...
HOMOB. (Esta chiquilla me engatusa
y me conmueve este pelon.)
CAND. é INOC. Doña Jesusa tiene el niño
y el pobrecito llorará,
—jí, jí,—
necesitado del cariño
y del calor de su mamá.
—Sí, sí!—
HOMOB. Poco me importa que el pelele
se esté llorando por allá,
—¡jí, jí!—
lo que me importa es que desvele
con su cancion á tu papá.
—¡Sí, sí!—
CAND. é INOC. (Sacando del ropero el sombrero y la capa de D. Homobono y ofreciéndoselos.)
Vaya usted aprisa,
vaya usted por Dios,
que el niño á morirse
va de consuncion.
—Aquí está el sombrero!
—Tome usted, señor!
—Póngase la capa,
que hace un frio atroz.
HOMOB. (Con sorna.) Gracias, muchas gracias

por tanta atencion.

CAND. é INOC. Si el niño se enfria
va á ser un dolor.

HOMOB. (Colérico, rechazándolos.)
¡Gracias, muchas gracias
por tanta atencion!

CAND. Vaya usted aprisa,
vaya usted, por Dios.

HOMOB. (Yo quiero y no puedo
decirles que no.

—

Quien no tenga el alma
más dura que el hierro,
no puede con calma
su afan resistir.)

CAND. é INOC. Si usted se detiene,
nuestro pobre nene
lo mismo que un perro
se nos va á morir.

—

HOMOB. Voy allá,
voy allá!

COND. é INOC. Por fin va, por fin va!
—Pero vaya usted pronto,
que es tarde ya!

(Volviendo á querer endosarle el sombrero y la capa.)

HOMOB. Subiré como una ardilla
los diez tramos de escalera,
y llegaré á la guardilla
con la lengua medio fuera.
—Trás, trás, trás!— Señora!
(Cambiando de voces.)
—Quién es?—Un vecino.
—Y qué se le ofrece?
—Que me dé usté el niño.
—Hasta que su madre
no me dé permiso,

no puedo entregarlo
á un desconocido.
—Es usted muy dueña
y alabo su juicio;
muy felices tardes
y hasta otro ratito!

—

CAND. é INOC. ¿No va usted?
HOMOB. Voy allá.
(¿Qué he de hacer?)
CAND. é INOC. Por fin va!
Pero vaya usted pronto,
que es tarde ya!

—

Aquí está el sombrero, etc.
(Mientras cantan, le ponen casi á la fuerza el sombrero y la capa, y le empujan hácia el foro.)

ESCENA IV.

DICHOS y D. PERPÉTUO, que habla primero detrás de la puerta de la izquierda y sale despues por ella á escena.

PERP. ¿Qué demonios tiene esta puerta? (Haciendo esfuerzos para abrir y moviendo el picaporte.)
HOMOB. Don Perpétuo! Ya se cansó de dormir.
INOC. ¡Ay! (Corriendo y encerrándose.)
PERP. ¿Quién anda ahí?
HOMOB. Soy yo... (Corre!) (Á Cándido.)
PERP. ¡Esta puerta no se abre!
HOMOB. No señor, no se abre. (Pronto!)
PERP. Pero ¿por qué no se abre?
HOMOB. (Á Cándido, que va á seguir á Inocencia.) (Con ella no!) (Cándido se va por el foro.) No se abre porque... ¡Ay! (Al recordar que tiene la capa y el sombrero puestos y mientras vuelve á dejarlos en el ropero.) Porque tiene el pestillo echado.

PERP. Pues abra usted, hombre de Dios!

HOMOB. Aguarde usted, que no lo encuentro.

PERP. ¿Qué no encuentra usted?

HOMOB. El pestillo, que se ha caido.

PERP. Pues si se ha caido el pestillo, cómo no se abre la puerta?

HOMOB. (Este señor tiene más talento del necesario!) Ay! dice usted bien, si está puesto! (La cesta se ha quedado fuera. Si la ve...)

ESCENA V.

D. HOMOBONO y D. PERPÉTUO.

PERP. ¿Por qué se había usted encerrado? ¿Qué significa el ridículo pretexto del pestillo? Pero no me escucha usted?

HOMOB. (Que no deja de dirigir furtivas miradas al sitio donde está la cesta.) Sí señor. Vaya! ¿Decía usted?

PERP. Qué le pasa á usted? Parece que tiene usted azogue.— Qué mira usted con tanto recelo? Qué hay en esta habitacion? (Andando hácia la derecha.)

HOMOB. (Vírgen de Atocha!) (Poniéndosele delante.) Nada...

PERP. Déjeme usted! (Desembarazándose de él; investigando la habitacion y volviendo.)

HOMOB. (Ahora va á ser ella. Ya la vió!—No, no la ha visto. Uf! Respiro.)

PERP. Dígame usted, querido don Homobono... (Cogiéndole familiarmente del brazo.)

HOMOB. Mándeme usted, idolatrado don Perpétuo.

PERP. (Llevándole hácia la alcoba.) Dígame usted, ¿qué hace esta cestita colocada delante de la puerta?

HOMOB. (Ay! Ay! Ay!)

PERP. (Levantando el tono.) ¿Qué hace esta cestita? vuelvo á preguntar!

HOMOB. Esta cestita... Estorbar el paso. Deje usted, que voy... (Yendo á llevársela: D. Perpétuo le detiene.)

PERP. (Cogiendo la cesta y examinándola.) No... dígame usted ántes... ¿Para quién es esta comida? ¿Se puede saber para

quién?

HOMOB. (Hablando muy de prisa y tropezando.) ¡Pues no ha de poderse! Vaya! Aquí no hay misterio ninguno. ¡Bonito soy yo para... Ahora mismo voy á decírselo á ustéd. Ahora mismo; en este momento, de pé á pá, sin que falte punto ni coma, ce por be, *ad pedem literæ*. Ya verá usted, ya verá usted!

PERP. Lo que veo es que no dice usted nada.

HOMOB. Que no digo? ¿Y quién va á impedirme á mí que diga para quién es la comida que hay en esta cesta? Nadie! El hombre tiene su libre albedrío y...

PERP. ¡Para quién es esta comida!!!

HOMOB. Esta comida... Ah! Ya... Usted se refería á la comida que hay aquí dentro. Acabaramos. Pues esto, esto es... —Vaya un doblon á que no acierta usted para quién es esta comida. (Si él no me lo dice yo soy incapaz de decírselo.)

PERP. (Despues de un momento, mirando fijamente á D. Homobono.) Será... Vamos, ¿á que lo acierto?

HOMOB. Á ver, á ver... (Muy complacido.)

PERP. Será... para el gatito que tenía usted encerrado esta mañana en su alcoba, eh?

HOMOB. Justo! para el gatito!—Para el gatito es... Pero ¿cómo lo ha adivinado usted, señor?

PERP. Conque es para el gatito?

HOMOB. Para el gatito... (Receloso.)

PERP. (Volviendo á mirar la cesta.) ¿Y no le parece al señor don Homobono que medio pollo estaría mejor empleado en un bípedo racional que en un gato de Angola, blanco ó negro ó de todos los colores del arco Iris? No tendría este último bastante con dos cuartos de cordilla ó con las sobras de la gente de casa?

HOMOB. Yo... ¿Sabe usted?... para que nos fuese tomando cariño y no se nos escapára. Como los gatos son tan descastados...

PERP. Digo! Y Jerez! Es tambien aficionado al Jerez el señor don Zapiron?

HOMOB. Como es de Angola...

PERP. Y servilleta... Esto me gusta: al ménos se ve que es limpio y aseado.

HOMOB. Sí... de... Angola.

PERP. Y cuchillo y tenedor... Pero ¿no encuentra usted algo de extraño en todo esto?

HOMOB. (Buscando palabras.) Extraño... Entendámonos. Si usted considera como extraño lo que se ve rara vez en el mundo, no puedo negar que esto es en efecto sumamente extraño, pero sí...—Porque, desengañése usted, las cosas extrañas no son extrañas en sí mismas, sino extrañas á los ojos de aquel que tiene cierta proposicion á extrañarse de todo. Yo extraño que usted extrañe, usted extraña que no extrañe yo, y si aquel extraña, extrañaría y extrañase...

PERP. ¿Pero usted cree que yo comulgo con ruedas de molino!

HOMOB. (Balbuceando.) ¿Y tiene... algo .. de particular... que una persona de mis años... que come poco... sienta apetito á horas... extraordinarias... y por no molestar á nadie... se traiga un piscolabis á su habitacion?

PERP. ¿Y por qué no ha dicho usted eso desde el principio?

HOMOB. Hombre... la verdad... porque no se me ha ocurrido hasta ahora.

PERP. (Hum!... Fingiré creerle... le observaré y le cogeré en el garlito.) Pues otra vez, cuando quiera usted algo, tómelo y deje en paz á ese pobre animal. Usted anda buscando tres piés al gato y tiene cuatro!

HOMOB. Sí?

PERP. Sí; de Angola, cuatro.—Me voy á despachar el correo. (Sale por la izquierda.)

HOMOB. Páselo usted bien. (Cuando ya se ha ido.) Que usted reviente!

ESCENA VI.

D. HOMOBONO.

Esto es vivir con el alma en un hilo. Y que yo sufra

estos sofocos por ese par de...—Vamos, si soy un asno! Y ahora... por el chiquillo! No sé cómo me las voy á componer. ¡Á mi edad convertido en niñero... Y si al entrar en casa le da la gana de llorar... ¡le ahogo! (*Se va por el foro, despues de haberse puesto el sombrero y la capa, que habrá sacado del ropero mientras hablaba.*)

ESCENA VII.

D. PERPÉTUO, *asomando la cabeza por la puerta de la izquierda y entrando de puntillas en la escena.*

Se encasquetó el sombrero, se embozó en su capita y se largó á la calle. ¿Qué le pasa á este buen señor? Esta mañana daba diente con diente cuando le pedí que abriese la puerta, y no se tranquilizó hasta que yo desistí de mi empeño. Despues, cuando le encontré con doña Eduvigis, estaba colorado como un pavo... y ella tambien... ella tambien... Y aquella escena que me hicieron pudo muy bien ser un recurso habilidoso... Si sabrá ella algo? ¿Habrá algo escondido en su habitacion? Vamos á ver. (*Se dirige á la puerta de la alcoba, alza el picaporte y empuja.*) ¿Está echada la llave ó...... Juraría que empujan por dentro. Voy á mirar por la cerradura... No veo nada. (*Aproximando el oido.*) No oigo nada. (*Volviendo al centro de la escena.*) No, pues lo que es ahora, he de salir de la duda. Hola! Ya vuelve el ayo.—Veamos á dónde se dirige. (*Ocultándose detrás de una colgadura.*)

ESCENA VIII.

D. PERPÉTUO, *escondido* y D. HOMOBONO, *que entra muy embozado por el foro trayendo el niño bajo la capa.*

COPLAS.

HOMOB. Yo logré pescar el nene;

ya cumplí mi comision,
y aquí envuelto al cabo viene
el infante de Leon.
Buen bromazo hemos corrido.
¡Cuánto susto! ¡Cuánto afan!
Soy un hombre decidido
más valiente que Roldan.
No espero conocer
chiquillo más hambron;
lo malo es que á mi ver
va á darle un torozon.

—

Al sacarlo de la cama
le he tenido que arrullar;
me ha tomado por un ama
y rabiaba por mamar.
Pedí caldo, corté un guante,
un dedil confeccioné,
y á los labios del lactante
cuidadoso lo apliqué.
El cual agradeció
idea tan sutil,
y á un tiempo se tragó
el caldo y el dedil.

—

Despues que hubo engullido
la racion,
quedóse más dormido
que un liron.
Lo malo es si se vuelve á despertar
y quiere el angelito
volver á merendar.

———

HOMOB. Mi aspecto venerable bastó para que se me entregára el precioso depósito!—Ay! Ya salimos del aprieto! Fortuna ha sido que no me haya visto el estúpido de don Perpétuo.

PERP. (Saliéndole al paso.) Servidor de usted, señor don Homobono.

HOMOB. Ah! señor don... (Retrocediendo y avanzando despues.) Usted por acá todavía? Tanto bueno!... No sabe usted lo que me alegro de encontrarle!... Tenía que decirle... —Qué tenía yo que decirle á usted?—¿Usted se acuerda de lo que yo tenía que decirle?

PERP (Este hombre ha perdido la chaveta. Sólo así se explica...)

HOMOB. Pues sí... (Y no se irá... Y yo no podré desembarazarme, so pena de mostrar el contrabando.—Y si el angelito se despierta y rompe á llorar...) Pues...—¿Oye usted, don Perpétuo?

PERP. No...

HOMOB. Han llamado.

PERP. No he oido nada.

HOMOB. Sí. Han dicho:—«Don Perpétuo!»—Don Perpétuo han dicho... Estoy seguro... Vaya usted... Debe ser cosa de interés...

PERP. Ya voy, ya voy. (Con calma y sin moverse.) (Quiere alejarme.) Pero dígame usted ántes: ¿qué manía es esa de estar embozado dentro de casa?

HOMOB. Calle usted! ¡Si hace un frio en la calle...

PERP. Sí, pero en casa...

HOMOB. Uf! En casa hace un calor insufrible! (Sofocado.)

PERP. Pues desembócese usted.

HOMOB. No, que se me va á cortar el sudor.

PERP. Qué bulto trae usted debajo de la capa?

HOMOB. Bulto? no... Bulto? no... (Mirándose.) Es...—Ah! sí: es que he ido... ahí al lado á tomar rapé... y...

PERP. Rapé? Lo compra usted por arrobas? (Tentando.)

HOMOB. ¡Que lo va usted á despertar!

PERP. ¡Á despertar!

HOMOB. (Maldita sea mi lengua!)

PERP. Pues ¿qué es eso?

HOMOB. Esto es...

PERP. Á ver. (Descubriéndole.)

HOMOB. (Tiró él diablo de la manta.)

PERP. Esto es un niño! Usted trae un niño bajo la capa!

HOMOB. Pues no dice que esto es un niño! (Sacándolo y volviéndolo á ocultar en seguida.) Usted ve visiones!

PERP. De quién es este niño! Pronto. ¡Hable usted!

HOMOB. Cálmese usted.

PERP. ¡No admito disculpas! ¿Quién es el padre de este niño? ¿Calla usted... Ah! Todo lo comprendo.

HOMOB. Pues... si lo comprende usted.. hágase cargo...

PERP. Ese niño es de usted!

HOMOB. Mio!

PERP. De usted!

HOMOB. ¡Señor don Perpétuo!

PERP. Qué escándalo! Qué abominacion! Un hombre de sus años en tales trapisondas. Ahora comprendo por qué defendía usted el amor y las mujeres!

HOMOB. El niño no es mio.

PERP. Pues ¿de quién es? Vamos! ¿De quién es?

HOMOB. Este niño es... de... de su padre.

PERP. Confiesa usted. ¿Y tiene usted la audacia de traer á mi casa el fruto de su crímen? Para profanar la mansion del órden y de la inocencia!

HOMOB. (Justo! de la *Inocencia*!)

PERP. ¡Salga usted de mí casa! Salga usted de mi casa.

HOMOB. Óigame usted.

PERP. ¡Salga usted de mi casa!

HOMOB. No escandalice usted, por Dios.

PERP. Fuera, fuera de aquí! (Gritando y empujando á D. Homobono hácia el fondo.)

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA EDUVIGIS y CÁNDIDO, saliendo por distintas puertas.

CAND. ¿Qué es esto? (Quedando á un lado de la escena.)

EDUV. ¿Qué pasa?

PERP. ¡Que don Homobono es un infame!

EDUV. Un infame... ¿Él?... ¡No puede ser!

PERP. Ha seducido una mujer y tiene un hijo...

EDUV. Una mujer... Un hijo. Ay, que me da, que me da! (Cayendo desmayada en un sillon y haciendo movimientos convulsivos, golpeando á Cándido y á D. Homobono, que acuden á socorrerla.)

HOMOB. ¡Esta es otra! Atendamos á esta pobre mujer!

PERP. Esta mujer?... Ese desmayo al saber lo que usted ha hecho... La turbacion de usted y de ella cuando los hallé juntos esta mañana... Su enfermedad... Ah! ya caigo! El niño es de usted y doña Eduvigis!

HOMOB. ¡Qué barbaridad!

CAND. (No entiendo una palabra.)

PERP. El crímen ha tenido lugar en mi casa... En mi casa se reparará... Usted va á casarse con doña Eduvigis!

HOMOB. ¡Yo!!...

EDUV. (Volviendo en sí y levantándose.) (Ay! Ha dicho que se va á casar conmigo...)

CAND. (Ya vuelve...)

HOMOB. (Á Doña Eduvigis.) Por favor, señora, desengañe usted á don Perpétuo. Defiéndase usted... Defiéndame usted á mí!

CAND. (Si es Angelito!...)

EDUV. Vas á ver (Ap. á D. Homobono.) lo que puede en mí el amor, ingrato! infiel! Me sacrifico por tí y por este inocente.) Si señor, el niño es mio! (Á D. Perpétuo, con resolucion.)

HOMOB. ¡Diga usted que...

EDUV. (Esta es la venganza que tomo de tí: así aman las mujeres como yo!) (Yéndose por el foro arrullando al niño.) Ven conmigo, hermoso... Rorro... Ay, qué rico!

HOMOB. (Reparando en Cándido.) Tú aquí!... Y has tenido calma para ver... y no confesar...

PERP. ¡Fuera de aquí todo el mundo! No quiero ver á nadie!

ESCENA X.

D. PERPÉTUO, en seguida INOCENCIA.

PERP. Bien sospechaba yo! Pero nunca pude imaginar una

cosa semejante!—Voy ahora mismo á disponerlo todo. Voy por el cura y por el escribano y... lo caso, lo caso sin remedio... Y le estará muy bien empleado: el que la hace la paga! Pero si no tengo fuerzas, si estoy sudando como un pollo! Me va á dar un suponcio! (*Cayendo en un sillon tapado sacando un gran pañuelo de yerbas y enjugándose el sudor de la frente, de modo que tenga algunos momentos la cara cubierta.*)

INOC. (*Saliendo de puntillas, despues de haber mirado con precaucion.*) Sí... es don Homobono... don Homobono... ¿Qué ha pasado? ¿Y el niño?

PERP. ¡Eh! (*Levantándose: Inocencia al verle da un grito y quiere escapar: él la coge del brazo y la trae á primer término.*)

INOC. ¡Ay!

PERP. ¡Cómó! ¡Qué es esto! ¡Otra mujer! Venga usted acá.

INOC. ¡Señor!...

PERP. Y esta es jóven... y guapa... y la trae á mi casa... y la encierra en su cuarto...

INOC. Déjeme usted marchar...

PERP. Cá, no señora!

INOC. Que me juzga usted mal: que no me conoce!

PERP. Ni quiero! Una mujer que consiente en encerrarse en el cuarto de un hombre soltero y de las costumbres de don Homobono, se da á conocer por sí misma!

INOC. (Mantengámosle en su error: la tranquilidad de Cándido lo exige.) Pero ¿qué se propone usted al detenerme...

PERP. Traer á la presencia de usted su amable tortolito y confundirle con mi indignacion.

INOC. No, por Dios. ¡No haga usted eso!

PERP. Le compadeces, desventurada! ¿Le quieres!

INOC. Sí... le quiero.

PERP. Vea usted! Una niña de veinte años perdidamente enamorada de un viejo setenton. Pero ¿cómo se las compone ese Sardanápalo para alborotarlas los cascos á todas! Usted, usted!... Lo que puede el vicio!

ESCENA XI.

DICHOS y D. HOMOBONO, por el foro.

HOMOB. Voy á ver si esa chica.. ¡Huy! (Al ver á D. Perpétuo y queriendo volverse: este le trae hasta el centro de la escena.)

PERP. Venga usted acá. Mire usted lo que me he encontrado en su alcoba! ¡Este era el gato de Angola!

HOMOB. (Ya no hay más remedio que cantar de plano.)

INOC. (¿Qué va á hacer ahora este santo varon?)

HOMOB. Oiga usted!

PERP. Quite usted de ahí! Tronera! Hipócrita! ¿No tenía usted bastante con una!

HOMOB. ¡Don Perpétuo!

PERP. ¿Me amenaza usted? Á mí no me da usted miedo!

HOMOB. ¡Ni usted á mí tampoco!

PERP. ¡Usted me falta!

HOMOB. ¡Y usted me sobra!

PERP. Nos veremos las caras!

HOMOB. Por no ver la de usted, se puede dar dinero!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA EDUVIGIS y CÁNDIDO.

EDUV. (Con el niño en el brazo izquierdo y trayendo á Cándido de la mano.) Don Homobono aseguraba ántes que tú tienes la culpa de todo... Que él es inocente... Confiesa, tunante!

INOC. Ah! mi hijo! Hijo mio. Al fin te encuentro! (Lanzándose á su hijo y arrebatándoselo á Doña Eduvigis.)

PERP. Su hijo ha dicho!

HOMOB. Su hijo! Su hijo! Su hijo!

PERP. ¿Tiene usted otro hijo!

HOMOB. Yo! Pero... hombre! que no ha de tener nadie un hijo sin que me echen á mí la culpa!

INOC. (Adelantándose.) Basta de farsas y valga la verdad. Este niño es el mismo de ántes; su padre no es don Homo-

bono: la sangre que corre por sus venas es sangre de usted.

PERP. (Indignado.) ¡Sangre mia!

HOMOB. (Ahora le echan el muerto á él: bien va!)

PERP. ¿Se atreve usted á decir que yo...

HOMOB. De usted, de usted es.

PERP. ¡Don Homobono!

HOMOB. (Bueno es que cada uno lleve la carga un rato.)

INOC. Este niño es hijo mio y de Cándido.

PERP. De Cándido! De mi hijo!... ¡Imposible! Mi hijo tener un hijo... ¡Imposible!

HOMOB. (En realidad, quien lo ha tenido es ella.)

PERP. Ven acá... niño... desmiente á esta mujer.

CAND. (Valor!) Esta mujer... es mi mujer.

PERP. Tu mujer! ¡Qué oigo!

HOMOB. Sí, señor, están casados. (D. Perpétuo va á hablar y Don Homobono le tapa la boca con la mano.) Hombre, calle usted y no nos haga escenas de tragedia. Ya sabemos lo que ha de suceder. Usted se pondrá furioso y habrá aquello de: «Hijo ingrato, yo te maldigo!...»—«¡Papá, perdon!...»—«Papá suegro, tenga usted compasion de este pelele que es un vivo retrato de su abuelo!»—Y usted se conmoverá, y tú te conmoverás, y aquel se conmoverá, y todos nos conmoveremos... y se acabará la funcion. (D. Perpétuo intenta volver á hablar y D. Homobono se lo impide de nuevo, y dice dirigiéndose á la orquesta primero y luego al público.)

¡Música! Haced el favor,
que va á hablar este señor
—Dad un aplauso nutrido
vosotros, que ese ruido
es el que suena mejor.

FIN DEL JUGUETE.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Esta obrita (cuyo pensamiento está sacado del de la preciosa comedia que con el título de *L'ajo nell'imbarazzo* escribió en italiano Giovanni Giraud, muy distinta de aquella en la marcha de la accion, y sobre todo en el diálogo, que puede considerarse como original) no merece llevar el nombre de zarzuela, y si sus autores se decidieran á imitar á los que llaman *tren exprès* á un tren directo, llamarían *vaudeville* á lo que han titulado lisa y llanamente *juguete lírico.*

Las compañías de zarzuela que quieran representarlo, podrán hacer el pedido de su cortísima partitura á D. José Sedó, copistería del teatro de Jovellanos.

Las llamadas *de verso*, la encontrarán convertida en comedia de gracioso sustituyendo con los siguientes trozos de diálogo los versos compuestos para la música.

ACTO PRIMERO.

Quítese el terceto y comiéncese así la escena VI.

HOMOB. ¡Cielos!

CAND. é INOC. Ay! Ay!

HOMOB. ¡Cándido abrazando á una mujer!

INOC. ¡Qué vergüenza! (Cubriéndose el rostro con las manos.)

HOMOB. ¡Qué vergüenza! (Remedándola primero y despues con indignacion.) ¡Qué poca vergüenza!

INOC. Cándido!... (Yendo á ampararse de él.)

CAND. No te importe, tonta; si es mi ayo!

HOMOB. ¡Es decir que yo no soy nadie? ¡Me gusta!

INOC. ¿Este es don Homobono? Ah! señor, ya sé que es usted muy bueno, muy complaciente...

HOMOB. Pero no tanto, no tanto!

CAND. Ésta es la elegida de mi corazon.—¿Qué le parece á usted?

HOMOB. ¡Me parece muy mal!

INOC. ¡Ay que le parezco mal!

CAND. Nuestra vecinita del cuarto interior.

HOMOB. Ah!... ya... sí.—Muy señora mia... Beso á usted los piés. (Variando repentinamente de tono.) Digo... Digo; y cómo me la encuentro á usted de este modo, señora mia?

INOC. Yo no había vacilado en venir á ver á usted...

CAND. Segura de ser escuchada.

INOC. Porque me han dicho que es usted el mejor de los hombres. (D. Homobono reflexiona.)

CAND. Que siempre hace el bien gruñendo y á regañadientes; pero no porque lo haga de mala gana...

INOC. Claro! Sino porque es tan generoso, que le molesta hasta que le agradezcan el bien que hace. ¿Verdad? (El ayo queda entre los dos y cada uno le tiene cogido de una mano: ha estado mirando al uno y al otro y de pronto dice:)

HOMOB. Pero ¿cómo ha sido esto? etc., etc., etc.

Dígase en vez del duo:

PERP. La Paquita! Esa sí que era una buena moza. Qué pie... Qué boca... Qué cintura.—No tuvo San Antonio tentacion como ella.

HOMOB. (La cosa va por buen camino.)

PERP. ¡Con qué gracia se recogía las faldas al pasar de una acera á otra, mostrando al descuido la pierna mejor contorneada...

HOMOB. ¿Y eso era al descuido...

PERP. Qué cara ponía cuando yo la hablaba...

HOMOB. (Me lo figuro. Pobre criatura!)

PERP. Pues y cantando el ole y el vito? ¿Y cuando bailaba un minué... (Marcando el paso.) ¡Qué elegancia! Qué modo de llevar el compás... Lin, liron, la, laralá...

HOMOB. (Fíese usted de los hombres de órden.) Pero veo que es

usted un músico y un danzante, un bailarin quiero decir, de lo que no se ve por ahí.

PERP. Ya no me queda más que la aficion y el compás.

HOMOB. (Ya está blandito como una breva.)

PERP. Ay qué recuerdos, Dios mio, qué recuerdos! etc., etcétera, etc.

ACTO SEGUNDO.

Póngase en lugar del terceto:

INOC. Doña Jesusa tiene el niño.

CAND. Tome usted el sombrero y la capa.

INOC. Sí, que hará mucho frio.

HOMOB. ¡Gracias por la atencion!

INOC. Y si el niño coge un resfriado...

HOMOB. ¡Un millon de gracias! Si yo doy un estallido, tal dia hizo un año. (¿Cómo les diría yo que no me da la gana de ir?)

INOC. ¿No va usted?

CAND. Si no va usted pronto...

HOMOB. Voy! Voy! Voy! (Hablando consigo mismo, mientras, Cándido é Inocencia le contemplan con repetidas muestras de impaciencia.) Subiré como un cohete los diez tramos de escalera y llegaré con palmo y medio de lengua á la guardilla.—Trás! Trás! Trás! (Haciendo que llama y cambiando de voces.)—«Señora!»—«¿Quién es?»—«Un majadero.»——«Para servir á usted: ¿qué se le ofrece?»—«Que me dé usted un niño que ha venido al mundo para ser mi perdicion.»—«Ay! No señor, no puede ser.»—«¿Que no puede ser? ¡No me engañe usted, vecinita!»—«Hasta que no me dé licencia su madre no puedo entregarlo á una persona desconocida.»—«En eso hace usted muy bien, y no seré yo quien le lleve la contraria. Muy felices tardes y hasta otro ratito.» (Al encontrarse con Cándido é Inocencia.) Ea, ya estoy de vuelta: doña Jesusa no me quiere dar el niño sin permiso de su madre. (Va á

dejar el sombrero y la capa, que ellos vuelven á ponerle á toda prisa empujándole hácia la puerta del foro: en este momento habla desde dentro D. Perpétuo.)

Al salir D. Homobono en la escena VIII, dirá:

¡Ya está aquí el infante de Leon! ¡Buen bromazo he corrido! ¿Qué son, comparados conmigo, Esplandianes y Amadises? Niños de teta, como el que traigo debajo de la capa. Valiente tragaldabas! Al sacarlo de la cuna he tenido que arrullarle; me tomó por un ama y rabiaba por mamar. Pedí caldo á la vecina, confeccioné un dedil con uno de mis guantes, lo llené de aquella alimenticia sustancia, y se lo apliqué al chiquitin á los labios y... ¡abaúm! Lo recibió con tanta ánsia que, si me descuido, se traga el dedil y tiene una indigestion de cabritilla. Al fin se durmió y... Ay! Ya salimos del aprieto. Fortuna ha sido que no me haya visto el estúpido de don Perpétuo! etc., etc., etc.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		Un gabinete fotográfico...........	1	José Olier.............	»
6	1 a.	El general Bonete ó el cura Santa Cruz—c. o. p..................	2	Francisco Macarro......	»
		El nido de la cigüeña.............	2	Juan Bergaño..........	»
		La hermana de la Cruz Roja........	2	Sres. Escamilla y Olier.....	»
8	1	La serpiente del crímen—d. o. v...	2	Juan de Alba..........	»
8	1	Una aventura del Czar—c. a. p. ...	2	Sres. Fuentes y Alcon.....	»
3	6 a.	Un duque sin ducado..............	2	Pelayo del Castillo.....	»
		Agrippina, viuda de Germánico....	3	D. Luis Bonafox..........	»
2	6 a.	Aventuras de Bertoldo...........	3	Pedro Escamilla.......	»
6	3	Desde el umbral de la muerte—c. o. v.	3	Tomás Rodriguez Rubí...	»
		El buen caballero...............	3	Antonio G.ª Gutierrez...	»
		El pecado de Cain...............	3	Eduardo Navarro.......	»
16	2 a.	El rey de Sierra Morena.....	3	Antonio Bermudo García.	»
		Judit........................	3	Luis Bonafox...........	»
		La paz del hogar................	3	Leandro Torromé.......	»
8	2	L'Hereu—d. o. v................	3	Sres. Retes y Echevarría....	»
8	2 a.	La pompa de jabon—c. a. p......	3	D. Joaquin García Parreño..	»
		Norma........................	3	Luis Bonafox..........	»
		Pia de Tolomei.................	3	Luis Bonafox...........	»
		Sembrad y cogereis.......	3	D.ª Dolor s Monserdá......	»

ZARZUELAS.

6	1	El domador de fieras.............	1	SS. Ramos, Campo y Barbieri.	L. y M.
		Los rosales de Mañara...........	1	Manuel Cano y Cueto...	Libro.
2	3	Una equivocacion de puerta.......	1	Alba y Gisbert...	L. y M.
		Un pobre diablo,.................	1	Antonio Corzo y Barrera.	Libro.
2	3	El alma en un hilo..............	2	Ponce, Carranza y Breton	L. y M.
		Fausto (*parodia*)................	2	Pina D. y Hernandez.....	L. y M.
2	3	La flor de Besalú—a. p...........	3	Cañete y Casares	L. y M.
4	4 c.	Los comediantes de antaño—o. v...	3	Pina y Barbieri........	L. y M.
		Una cancion de amor.............	3	Rafael de Aceves......	Música

ADVERTENCIA. Han dejado de pertenecer á esta ADMINISTRACION las músicas de ***Á última hora*** y ***Los pájaros del amor***; el libro de ***Doña Casimira*** y ***Los dos primos*** y el libro y música de ***La voz de España*** y ***Un loco más ó los Bufos franceses en Madrid,*** todas zarzuelas en un acto; la música de ***El Carnaval de Madrid*** y el libro de ***El sargento Bailén,*** en dos actos, y el libro y música de ***Barba Azul,*** en tres actos.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lirico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.